

Germán García

Las bibliotecas argentinas

RESUMEN

Se realiza un panorama histórico de la fundación y gestión de las bibliotecas en el actual territorio argentino. Se narra la historia de las bibliotecas conventuales, jesuítas, la Biblioteca Pública de Buenos Aires, para detenerse las bibliotecas populares de inspiración sarmientina que fomentó el acceso masivo a la lectura. Se narran distintas estrategias de gestión de las bibliotecas desde Paul Groussac con la clasificación Brunet y el proceso de modernización con la clasificación decimal de Dewey desde la década de 1930.

Palabras clave: Bibliotecología, Historia de las bibliotecas, Historia de la comunicación, Bibliotecología comparada.

Historia: El proceso histórico de las bibliotecas, en la Argentina, está ligado no sólo al proceso total de la cultura sino también al de la vida política de la Nación y esencialmente al de la lucha por la libertad de pensamiento. Sabemos que en el período de la conquista y en el de la colonia se prohibía por reales cédulas el ingreso de determinados libros a estas tierras americanas; sabemos también que, pese a tales medidas restrictivas, e introducidas como contrabando, circularon obras expresamente prohibidas, incluso las de Voltaire y las de Rousseau, las cuales contribuyeron a acelerar el proceso revolucionario. Quienes poseyeron tales libros exponían su tranquilidad y sufrieron a veces el encierro en las cárceles. La Iglesia practicaba expurgos más o menos rigurosos y autorizaba a la vez a determinadas personas a leer libros considerados heréticos. Podría agregarse tal vez que, dada la

naturaleza de los organismos encargados de hacerla, más rigurosa sería la pesquisa por razones religiosas que por las políticas.¹

De las características propias de la época, del magro porcentaje de los que sabían leer, del más escaso de los que tuvieran el hábito de hacerlo y del tipo de gentes que vinieron a colonizar el territorio argentino, puede deducirse que no abundaban en él los libros y que pocas bibliotecas habría fuera de los conventos. En todas, conventuales o privadas, eran mayoría los libros piadosos y de filosofía teológica. Los libros de ficción, de literatura popular o cabaleresca, que acompañaron a los conquistadores en su largo y penoso andar por los caminos de la Conquista, no formarían bibliotecas sino que se pasarían de mano en mano y en la mochila de soldado harían un solo cuerpo con el mazo de cartas.

La biblioteca del Colegio de los jesuitas, en Córdoba, tenía en 1767, cuando se expulsó a la Compañía, 12.148 obras y 1.500 cuadernos, cantidad digna de respeto y cuyos ejemplares el gobernador propuso que se destinaran al servicio público. El funcionario no logró tal autorización, pero en Santa Fe la Junta de Temporalidades, que se hizo cargo de los bienes de los jesuitas de allí, dió destino de «biblioteca común» a los libros que ellos dejaron.

Ésas no fueron bibliotecas públicas. El propósito de instalar una de tal carácter surgió con la Revolución de Mayo y fué inspiración de Mariano Moreno, el dinámico secretario de la Junta Revolucionaria, a quien se ha querido retacear mezquinamente, y con muy contrario resultado, esa iniciativa. Moreno mismo fijó con claridad el espíritu que orientaba esta creación en la *Gazeta* del 13 de setiembre de 1810, en un artículo que puede considerarse como el acta fundadora de nuestra Biblioteca Nacional. Ella mereció después el estímulo de los gobiernos progresistas, principalmente

¹ El texto "Las bibliotecas argentinas" de Germán García se publicó en la *Revista de Educación* en abril de 1956, año I, n° 4, pp. 64-79 durante la denominada Revolución Libertadora que derrocó al gobierno de Juan D. Perón e intervino la provincia de Buenos Aires con la designación de Emilio A. Bonnacarrere. El Ministro de Educación provincial fue Juan Canter y la *Revista de Educación*, como continuación de los *Anales de la Educación Común* fundada por Sarmiento en 1858, tuvo en la dirección a Arturo Marasso y en la secretaría de Haydée C. Blotto. La publicación del artículo de García se enmarca en el rastreo del pensamiento bibliotecológico y de historia de la comunicación en las publicaciones de la Dirección General de Cultura y Educación de la provincia de Buenos Aires en sus distintas épocas. Se respetó en la transcripción las normas de acentuación vigente a mediados del siglo XX [Nota del *Anuario*].

el de Rivadavia, y fue abandonada durante la tiranía de Rosas. La casa de los libros corrió igual suerte que la escuela pública, aunque no fué, como ésta, puesta bajo la custodia del jefe de policía. La tiranía de entonces, como las de siempre, prefirió desviar la atención del pueblo hacia el carnaval bullanguero a fomentar su recogimiento en el estudio y la meditación.

El fin de la Dictadura significó la vuelta del espíritu de Mayo, que vivió en el exilio durante el período rosista. Los hombres que la batieron, dieron de inmediato gran impulso a la cultura, porque comprendieron que la educación del pueblo era la mejor valla contra nuevas tiranías. Se dió nuevo vigor a la creación de Moreno; se establecieron -Mitre fué el propulsor-, bibliotecas en los colegios de enseñanza secundaria; se fijó entre los fines de las juntas escolares el de fomentar la lectura, y se fundó la biblioteca del Congreso Nacional.

Iguales alternativas tuvo la libertad de imprimir y la de introducir libros: Rivadavia, que fundó la Universidad y dió impulso a las ciencias, las proclamó amplias; Rosas, con el pretexto de vigilar la moral, cercenó ambas libertades. La caída del dictador fué el surgimiento de una prensa vigorosa, combativa y valiente, escrita con pasión por quienes poco antes alternaran el ejercicio de la pluma con el de las armas. Sarmiento llegó a la presidencia como culminación de su titánica lucha por la educación y con el recuerdo fresco de lo que viera surgir en los Estados Unidos como arma poderosa de la democracia: la biblioteca pública. Desde el gobierno, y con esa inspiración, proyectó la ley que lleva su nombre, sin escuchar la burla de los descreídos y de los escépticos, quienes no tuvieron reparos en decir que el papel de los libros era utilizado por los bibliotecarios de la campaña para armar sus cigarros. Pero la burla no lo acobardó esta vez, como no lo acobardó nunca, y puso, en 1870, las bases de las bibliotecas populares argentinas. Para hacerlas efectivas como instrumentos de cultura, quiso dotarlas de libros modernos, prácticos, de conocimientos útiles, libros que incitaran al pueblo a leer y le enseñaran algo. Opinó que habían de traducirse de otros idiomas, del inglés especialmente, ya que, según lo expresó muchas veces, creía que España seguía viviendo, culturalmente, en la edad media. Y como el consumo de una sola nación, poco poblada, sería escaso, firmó convenios con los gobiernos de otros países para afrontar en común el costo de las ediciones. Algunos de esos libros, como los de la clásica *Biblioteca de las maravillas*, se encuentran aún en las viejas

entidades de cultura y la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, creada por esa ley, es todavía su más eficaz propulsor.

El pensamiento del gran educador fijó la tercera etapa de la biblioteca argentina. La primera, la de la Colonia, fué la biblioteca conventual o la colección hogareña de libros, principalmente piadosos y escolásticos; la segunda, la de la Revolución, de una biblioteca oficial con miras a los estudiosos y a los eruditos; la tercera, que es actual, la de Sarmiento, de biblioteca dirigida a la masa de la población, activa, vigorosa, agresiva contra la ignorancia; un instrumento de educación que debía llevar el impreso a las viviendas humildes más alejadas de los centros urbanos. Es fama que los libros de estas bibliotecas se aprovechaban por los analfabetos, pues se hacían reuniones para que estos escucharan su lectura.

La ley de bibliotecas populares, dictada en 1870, no hizo que éstas dependieran del Estado sino que acordó a las que se formaran el aporte gubernamental de sumas iguales a las que los vecinos reunieran para comprar libros. Las bibliotecas se constituyeron como sociedades para el fomento de la cultura, con plena autonomía, y tal sigue siendo su característica, pues el Estado las ayuda, no las sostiene.

Sarmiento entendió la biblioteca como una continuación de la escuela y si muchas de las que surgieron a su llamado se perdieron, otras de su época se prolongan al presente. La siembra fué fructífera y los libros por él desparramados sobre el país despertaron muchas vocaciones. En cuanto al espíritu que animó a su creador y a la visión que tuvo al fomentarlas tesoneramente, basta leer las numerosas páginas que escribió, las conferencias que dictó y las orientaciones que quiso darles, para apreciar su extraordinaria visión en el campo bibliotecario. Sus ideas son actuales y pueden nutrir perfectamente el alma, diremos así, de las dinámicas bibliotecas que el tiempo que vivimos requiere y son realidad donde más ha progresado esa actividad de la cultura pública.

Las bibliotecas populares.- De entonces les viene a las bibliotecas argentinas el nombre de populares. No lo son en el sentido que se les da en otros pueblos de habla hispana, donde se entiende como tales solamente a las que se dirigen a la población obrera. Son bibliotecas de carácter general, enciclopédicas, y sus usuarios son por lo regular, más que obreros, gentes de la clase media, estudiantes secundarios, maestros, empleados. Donde se instalan escuelas profesionales, de artes, industrias y oficios, se nota pronto un cambio parcial de característica, pues quienes estudian en aulas

la teoría de su futura profesión van acostumbrándose al trato con los libros y no lo pierden después, porque los textos, inaccesibles para el trabajador manual empírico, en cuanto tratan de matemáticas o principios científicos, son de aprovechable y diaria consulta para los que han estudiado con la práctica la teoría de las materias relacionadas con su oficio.

Creo que el parecido mayor que se encuentra a la biblioteca popular argentina está en la biblioteca pública de los Estados Unidos, aunque distinta es la fuente de sus recursos: las del Norte están sostenidas por el municipio, el condado, el distrito, mientras las de aquí dependen generalmente de una sociedad cuyos fines son la propagación de la cultura por diversos medios, uno de ellos, el principal casi siempre, los libros. A veces la biblioteca es tan sólo una parte de otra institución, lo que ocurre con frecuencia en los pueblos de escasa importancia, pero lo corriente es que la sociedad se constituya con el propósito de sostener la biblioteca pública, a cuyo alrededor se hacen girar las demás actividades. La formación de esta sociedad es simple: algún vecino entusiasta, amigo de los libros y empeñado en el progreso de su pueblo, interesa a un grupo de personas para que presten su apoyo a la iniciativa. Ese vecino puede ser el maestro y en las poblaciones pequeñas están con él el farmacéutico, el médico si lo hay, algún comerciante respetable, el jefe de la estación ferroviaria y el editor del periódico lugareño o el corresponsal del que se edita en la ciudad cercana. Una asamblea de vecinos deja definitivamente constituida la sociedad, cuyos libros primeros son generalmente obsequiados por sus mismos adherentes. La tarea se inicia en una pequeña habitación que sirve de sala de lectura, secretaría y despacho de libros, y el caudal bibliográfico se ubica cómodamente en unos estantes que fabrica gratuitamente el carpintero del pueblo con tablas que obsequia el comerciante.

El servicio de préstamo de libros a domicilio se acuerda sólo a los socios, quienes deben abonar mensualmente una modesta suma para tener ese derecho y los demás relativos a la dirección de la sociedad. Esa contribución de los adherentes proporciona la base económica que permite afrontar los primeros gastos. La ayuda oficial se hace presente después por medio de subsidios, cuyo monto es variable y que tiene uno o varios orígenes, pues los acuerda el gobierno nacional, el provincial o el municipal. El del primero, distribuido por la Comisión Protectora que creara Sarmiento, ha tenido muchas alternativas en cuanto a su monto; el del segundo no es norma sino en muy pocas provincias y el del tercero, cuando existe, es lo corriente

que no alcance para pagar el alquiler de la casa, por exiguo que sea. De importancia puede ser algunas veces la ayuda de los organismos estatales mediante la donación de libros y una ventaja grande para las bibliotecas es que la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares duplica los fondos que se le remiten para la compra de libros, lo que permite a las entidades protegidas adquirir una mayor cantidad de volúmenes. La provincia de Buenos Aires tiene su ley de fomento de las bibliotecas, la número 4.688, cuyos principales beneficios están en la distribución de los subsidios que fija la misma ley, la mitad de cuyo monto debe emplearse en la compra de material bibliográfico, y las donaciones de obras que se les hacen y cuya importancia depende de la partida que cada año fija el presupuesto.

La biblioteca popular está atendida en un principio por sus mismos dirigentes, durante una o dos horas por la tarde o por la noche, todos los días o dos o tres veces por semana, aunque es frecuente que el trabajo lo realice uno solo de ellos, el más entusiasta de todos. Cuando la biblioteca dispone de medios, contrata un empleado para que trabaje esas pocas horas o algunas más. Ese empleado es bibliotecario y auxiliar administrativo y se le paga muy poco, como ayuda del sueldo que percibe en otro empleo. Las más importantes instituciones tienen a su servicio, naturalmente, varios bibliotecarios o auxiliares.

Así han nacido todas las bibliotecas populares de la Argentina, aunque muchas fueron en su origen (algunas lo son aún) dependencia de clubes deportivos o sociales, de centros de ex alumnos de escuelas o de sociedades de fomento edilicio. Algunas han crecido, otras permanecen estancadas, pero honradamente debemos confesar que es mucho lo que debiera ser superado y lo tenemos aún por delante, como esperanza de difícil realización.

La biblioteca popular trabaja no sólo con los libros sino que lleva su actividad a otros campos de la cultura pública. Hay bibliotecas que son universidades populares, donde se dictan clases de taquígrafía, dactilografía, trabajos manuales, dibujo, etc. Con mayor o menor frecuencia la mayoría propicia conferencias y una parte de ellas actos cinematográficos, conciertos y exposiciones pictóricas, cuando las comodidades de su local se lo permiten. Si se dictan cursos, lo normal es que el alumno pague una modesta cuota mensual, como la paga el adherente para poder retirar libros en préstamo. Los demás servicios de la biblioteca se brindan libre y gratuitamente para todos y las que tienen una casa cómoda la ceden

también a otras entidades para que realicen sus propios actos. Esto ha destacado a la biblioteca popular como el hogar de la cultura en muchas localidades, y aun en las más pequeñas lo es, desde que no viven allí otras instituciones cuya vida tenga esa finalidad.

Las bibliotecas populares tienen una honda raigambre democrática y han cumplido en nuestro país una labor digna de los más grandes elogios. Pero los bibliotecarios, como los dirigentes, vemos las deficiencias y sabemos cuánto habrá que hacer para que nuestras bibliotecas alcancen la eficiencia que la educación y la cultura argentina merecen. La cantidad no ha de contar más que los servicios que prestan y por eso no nos halaga que en una población relativamente pequeña funcionen dos, tres o más bibliotecas populares, sin disponer ninguna de recursos adecuados para materializar una labor eficiente. No hay coordinación de tareas entre las bibliotecas de un mismo distrito, ni aun entre las de una misma ciudad y el entusiasmo de los animadores se diluye a veces por falta de un cabal sentido de lo que debe hacerse.

Existen en la Argentina 1.626 bibliotecas populares, con 6 500.000 volúmenes en total. Sólo dos tienen más de 70.000 piezas bibliográficas; 14 tienen de 30.000 a 70.000; 95 poseen más de 10.000 volúmenes y menos de 30.000; 225 tienen de 5.000 a 10.000; 567 poseen de 2.000 a 5.000 y 723 no llegan a los 2.000 volúmenes. Es decir, que no alcanzan al siete por ciento del total las bibliotecas con más de 10.000 piezas bibliográficas.

En un año, estas bibliotecas registraron 5.786.420 lectores, incluyendo los que consultaron libros en el local y los que los retiraron para leerlos en sus domicilios. La Dirección de bibliotecas de la provincia de Buenos Aires tiene inscriptas en total 209 de carácter popular. Poseen un caudal de libros de 1.480.243 y el total de lectores de un año, fué de 1.236.195.

Puede decirse que cada biblioteca trabaja por cuenta propia. La organización interna, salvo en las más importantes, es rudimentaria, porque las bibliotecas no pueden pagar sueldos de bibliotecarios competentes. Tampoco hay coordinación de la tarea colectiva y todavía se improvisa cuando se funda una nueva institución. Generalmente se piensa que la de una zona industrial ha de ser igual a la de la zona rural, la ciudadana como la de la campaña. No tenemos bibliotecas sucursales, salvo alguno que otro ensayo rudimentario, ni bibliotecas rodantes, siendo éstas las más necesarias en un país como el nuestro, con extensas zonas rurales alejadas de los centros urbanos.

El motivo principal de que las bibliotecas populares no hayan alcanzado el grado de eficiencia necesario para servir totalmente a la cultura del país, radica en la pobreza de sus recursos económicos, porque las cuotas de sus asociados, generalmente de un peso moneda nacional por mes, alcanza para muy poco. Escasas son las que tienen más de mil adherentes y muchas de pueblos de campaña apenas alcanzar el centenar. La Biblioteca Bernardino Rivadavia, de Bahía Blanca, ha de ser la que más adherentes tiene: 6.500. Hasta ahora, con los aportes de los gobiernos nacional, provinciales y municipales, no se pudieron hacer muchos proyectos, porque fueron pequeños, variables de un año a otro, suprimidos a veces y casi nunca cobrados a tiempo. Para realizar una tarea eficaz se necesita contar con algo más que recursos tan inseguros. Las bibliotecas no pueden contratar los servicios de personal especializado y de ahí derivan otros males, como el de la selección del material de lectura, que se hace muchas veces al azar, según la propaganda de los editores o la habilidad de los viajantes de librerías. Menos pueden contar con el trabajo de una bibliotecaria infantil y con una dependencia especialmente dedicada a los niños, aunque en muchos sitios se han ingeniado para habilitarla haciendo una separación en la sala de adultos. La falta de recursos incide también en el horario de la biblioteca, que muchas veces es corto y no el más conveniente.

Dentro de este desorden inocultable que ofrece el panorama de las bibliotecas populares argentinas, el balance que puede hacerse sobre su tarea es positivo. Muy miserable ha de ser el pueblo que no cuente con ese rincón de paz y de armonía social que es la biblioteca pública, la que mantiene siempre al alcance de la mano de cualquier vecino algún libro bueno. A ella van los maestros en busca de material informativo para preparar sus clases y los alumnos para estudiar sus lecciones. Tiene una mesa con periódicos y revistas que proporcionan información actual y ratos deleitosos, de sano esparcimiento. La biblioteca propicia reuniones familiares para escuchar a un recitador o a un concertista y provoca inquietudes espirituales al transformar su modesta sala de lectura en cátedra, para que exponga su pensamiento el visitante ilustre o el estudioso de la localidad.

Las bibliotecas populares necesitan mayores recursos económicos. En la Argentina son muy escasos los donativos para este tipo de entidades y con la contribución directa del vecindario no puede hacerse mucho más de lo que se hace, mientras el Estado se ha mostrado reacio a sostenerlas totalmente o ayudarlas con la amplitud necesaria, porque no las dirige. Está

en la tradición y en el espíritu mismo de las instituciones desenvolverse con plena autonomía y en sus dirigentes, como en el pueblo, se destaca firme resistencia contra la ingerencia oficial, en la que han visto siempre implícita la intervención de la política. A esto habrá que buscarle una solución, proporcionando a las bibliotecas los medios que les permitan adecuarse a la época actual, sin que para lograrla tengan que perder la esencia ideológica y espiritual que las anima. Institución con miras a lo universal, como cuadra a todas las que dedican su vida a la cultura, es a la vez íntimamente representativa de lo local, reflejo de ansias espirituales de los mejores vecinos de cada pueblo y de cada ciudad, de la que puede ser no sólo representativa sino basta motivo de orgullo. Es evidente pues, que quienes debieran afanarse más en sostenerla y fomentarla son los municipios y los municipios, hasta ahora, puede decirse que han sido los que más débilmente le hicieron llegar su ayuda económica.

Bibliotecas universitarios, gubernamentales y privadas.- Hasta ahora me he referido a las bibliotecas populares. Son las que más interesan a quienes centran su mirada en la educación de la masa popular. Fuera de ellas, hay en nuestro país un movimiento bibliotecario de otra naturaleza, con objetivos distintos, principalmente en la actividad universitaria y de investigación. Nuestra Biblioteca Nacional cuenta con más de seiscientos mil volúmenes y la del Congreso supera los doscientos mil. La primera está clamando por un edificio nuevo, con más espacio para su material bibliográfico y para los muchos lectores que la visitan a diario. Las distintas facultades de la Universidad de Buenos Aires cuentan cada una con su biblioteca y algunas son muy importantes, como la de Medicina, que posee más de quinientos mil volúmenes, y la de Derecho, cuyo caudal se acerca a los doscientos mil ejemplares. Es importante también la biblioteca del Colegio Nacional que depende de la misma Universidad. En total, podemos decir que la ciudad capital de la República dispone para uso de los estudiosos de un fondo bibliográfico que supera los dos millones y medio de volúmenes. Para su total aprovechamiento es imprescindible el catálogo centralizado, el préstamo interbibliotecario y el pleno funcionamiento del Instituto Bibliotecológico de la Universidad o un centro análogo en la Biblioteca Nacional, con un servicio informativo que permita encontrar con rapidez, a cualquier investigador o estudioso, el material bibliográfico que necesite. Quienes andan en estos trabajos saben cuánto tiempo se pierde muchas veces para encontrar un solo libro.

La Universidad de La Plata tiene un excelente conjunto de bibliotecas que sumadas a otras, oficiales y populares, hacen de esta ciudad una de las que ofrecen mejores servicios bibliotecarios. La biblioteca central de la Universidad tiene un fondo bibliográfico de aproximadamente trescientos veinticinco mil volúmenes, con una rica colección de periódicos americanos. Es muy importante la del Museo de Ciencias Naturales, con alrededor de ciento veinte mil libros, material de estudio tan valioso como el del Museo de Buenos Aires, cuya biblioteca guarda ciento cincuenta mil volúmenes especializados. La Universidad de Córdoba reúne en su Biblioteca Mayor, colecciones de alto valor histórico, como la que fué de los jesuitas, con libros salidos de las primeras prensas argentinas. Poseen bibliotecas centrales las universidades de Tucumán y de Cuyo y la está formando la flamante Universidad del Sur. Cada Facultad, como cada uno de los institutos de investigación de todas, cuentan con su propia colección grande o pequeña pero útil, sobre todo porque se especializa cada una en una determinada bibliografía.

Algunos gobiernos de provincias han creado sus propias bibliotecas, las cuales, en general, no acusa una actividad vigorosa. La Central de la provincia de Buenos Aires, «General José de San Martín», se formó con la base de la que fuera de la Dirección de Escuelas, cuyas colecciones de libros, algunos de apreciable valor histórico y documental, forman el grueso de su colección de 35.000 piezas. Esta biblioteca, abandonada por el gobierno de la dictadura (la Revolución encontró la mitad de sus libros empaquetados, pues se había dispuesto que la totalidad pasara a organismos político-estudiantiles), está en pleno período de reactivación de sus servicios públicos y de organización de su material bibliográfico.

Varios municipios sostienen su propio servicio bibliotecario y merece citarse el de la ciudad de Buenos Aires, aunque no ha llegado a satisfacer, con mucho, las necesidades de la población. Esa comuna inició su labor bibliotecaria hace más de un cuarto de siglo con algunas salas de lectura y, más tarde, con quioscos en los parques públicos. Ahora cuenta con veintinueve unidades, incluyendo once bibliotecas infantiles y algunos depósitos en hospitales y jardines de infantes, Todas totalizan alrededor de 130.000 volúmenes y registran 48.000 lectores mensuales. Se orientan principalmente en beneficio de los estudiantes de enseñanza primaria y secundaria y prestan libros a domicilio, servicio éste, que tiene habilitado buen número de bibliotecas de tipo universitario y oficiales, como la del

gobierno bonaerense que hemos citado.

La actividad del Ministerio de Marina en el campo bibliotecario es tal vez la que mejor se ha enfocado y está regida por el criterio indiscutido ya en los Estados Unidos, de centralización técnico-administrativa y descentración de servicios. Su biblioteca central realiza las adquisiciones de libros y material diverso para trece bibliotecas de bases navales, a las que remite el material bibliográfico con sus juegos de fichas y demás elementos técnicos para la formación de catálogos, servicio de préstamos, etc. Atiende también las bibliotecas de los barcos de la Armada.

Las academias cuentan con buenas bibliotecas y muchas entidades privadas poseen las suyas propias. Entre estas últimas podemos citar la de la Sociedad Científica Argentina, la del Colegio de Abogados de Buenos Aires, la del Museo Mitre, magnífica fuente de información para los americanistas, y la del Colegio del Salvador, de los jesuitas. Era muy importante en libros de arte la del Jockey Club, cuyos sesenta mil ejemplares se quemaron con el edificio. Igual suerte corrieron los cincuenta mil de la Biblioteca Obrera, que funcionaba en la Casa del Pueblo de la capital federal.

Todas las escuelas oficiales de enseñanza secundaria tienen su biblioteca, generalmente con escaso fondo y sin personal dedicado a atenderla. También la poseen muchas escuelas primarias, especialmente las del gobierno federal y las de la provincia de Buenos Aires. Refiriéndonos a este tipo de bibliotecas, cabe recordar las creadas por el Consejo Nacional de Educación, tres o cuatro instaladas en barrios muy poblados de Buenos Aires, donde desarrollan una importante labor en beneficio de los niños.

Organización.- El trabajo de organización ha progresado mucho en los últimos años, sobre todo en las bibliotecas no populares. El primer plan serio que se hizo en el país fué dirigido por Paul Groussac, quien asumió la dirección de la Biblioteca Nacional en 1885 y la organizó según el sistema de clasificación de Brunet, natural elección en un bibliotecario de origen francés, sobre todo en esta época. Este ensayo sirvió para orientar después a quienes organizaron otras bibliotecas. Otro bibliotecario que dió orientaciones fué Juan Túmburus, austríaco, quien dirigió la organización de la biblioteca de la Facultad de Medicina de Buenos Aires y fué, como todos o casi todos los bibliotecarios del siglo XIX y principios del XX, enemigo del sistema decimal. Hubo precursores del Dewey, pero la reacción contra los viejos métodos tomó fuerza con la publicación del libro de Ernesto Nelson

sobre las bibliotecas estadounidenses, editado por la Dotación Carnegie en 1927. Poco después se publicaron, traducidas y compendiadas, las tablas de Dewey. Pero el impulso mayor derivó de la creación del curso de bibliotecarios del Museo Social Argentino, en 1936, iniciado por Manuel Selva, técnico de la Biblioteca Nacional. Allí se enseñó a trabajar según la práctica norteamericana, sin duda la más conveniente para nosotros por múltiples motivos que no es necesario asentar en un trabajo panorámico como es éste. Ya antes habían existido cursos similares, sin resonancia, principalmente porque fueron puramente teóricos. De los cursos del Museo han egresado bibliotecarios dinámicos, algunos de los cuales se perfeccionaron después en el exterior. Ellos están realizando en las bibliotecas argentinas la tarea de mejor calidad. En la actualidad funcionan además otros cursos de bibliotecología, entre ellos los dependientes de las facultades de Filosofía y Letras, de Buenos Aires, y de Humanidades, en La Plata. Como es natural, las viejas bibliotecas, que son las más ricas en fondo bibliográfico, no pueden cambiar rápidamente su antigua organización, pero podemos destacar que las nuevas están trabajando exitosamente, con tecnicismo moderno. La de la Facultad de Filosofía y Letras, renovó sus catálogos y la de Marina aplica la clasificación decimal universal. También lo hace así para la elaboración de su catálogo centralizado el Instituto Bibliotecológico de la Universidad de Buenos Aires. En tipo de biblioteca de carácter general, no dirigida a universitarios o investigadores sino a lectores de una biblioteca pública, puede ser un excelente modelo la de la Caja Nacional de Ahorro Postal, por su organización y sus servicios y la confección de sus catálogos. Muy similar es el trabajo que se realiza en la de la Provincia, en proceso organizativo todavía, según decimos precedentemente.

Los que han observado la actividad bibliotecaria en la Argentina durante treinta años saben cuánto se ha progresado en el trabajo técnico. Hace poco más de dos décadas, quienes habíamos de dirigir una institución de esa naturaleza no encontrábamos ni bibliografía en español para estudiar sistemas modernos y prácticos; menos aún modelos que nos sirvieran de orientación. Ahora ya es otra cosa. La creación de los cursos profesionales, la pasión de los bibliotecarios que vieron lo que se hace en países de eficaz organización bibliotecaria y el dinamismo de las generaciones nuevas están haciendo florecer esta actividad, con pasión y con fe que nace de la conciencia de estar bregando por una actividad importante para la cultura

argentina. Ahora hay bibliotecas ejemplares y hay hombres y mujeres enamorados de su profesión, que debaten temas profesionales, realizan reuniones de estudio y jornadas para sus discusiones, dictan cátedras y escriben sobre sus asuntos. Quienes afrontan la tarea de dirigir una nueva biblioteca pueden empezar a trabajar bien y lo lamentable es que todavía algunos no lo hagan, justificando su pereza con frases que se gastaron ya en el siglo pasado, cuando el concepto de la función del bibliotecario, como el de la utilización de la biblioteca pública, se transformó con la característica de la misma tarea profesional, exigida ahora hasta lo que anteriormente no se hubiera sospechado, naturalmente, por el incremento de la enseñanza y el ascenso de la masa de la población a las fuentes de la cultura.